

Lección magistral, lección de vida*

JOSÉ ANTONIO MÍGUEZ**

Los alumnos aquí presentes, que cursaron estudios de bachillerato entre los años 1979-1985 en este Instituto de Enseñanza Secundaria «Francisco Aguiar» de Betanzos, me han pedido que les dedique una clase o lección magistral como preludio de la comida de confraternidad que celebrarán a continuación, en compañía de sus antiguos profesores. No he querido negarme a esta petición, a pesar de que hace ya muchos años que estoy jubilado, porque siempre me encuentro dispuesto a participar en esta clase de actos, si no implican un homenaje o una distinción a mi persona, que nada ha hecho por lo demás en esta vida que no sea cumplir honradamente con su deber y favorecer la comprensión y el acercamiento entre los seres humanos, y concretamente en el área de la educación, la colaboración en el conocimiento y, por ende, en los campos del saber, de esos muchachos que la sociedad nos entrega con la esperanza de que les ayudemos a conseguir un futuro prometedor.

Me temo, sin embargo, que no colmaré las ansias de quienes esperan de mí lo que ellos llaman una lección magistral. Es mucho pedir, queridos ex-alumnos, a quien ya se siente un poco desplazado del mundo y en camino hacia lo incierto y desconocido. Y, por otra parte, dudo mucho que esté yo en condiciones de pronunciar una lección magistral. El adjetivo ya lo dice todo: magistral es lo que se hace con maestría y tiene que ver, por tanto, con el ejercicio del magisterio, es decir del antiguo **magister**, que era, y debiera seguir siéndolo, la persona que enseña una ciencia, arte u oficio, y tiene título para hacerlo. Así lo define al menos el Diccionario de la Real Academia Española. **Magister**, maestro, qué palabra tan noble y hoy tan desprestigiada, hasta el punto de que se la haya eliminado del campo de la enseñanza para sustituirla por una expresión desangelada como profesor de enseñanza primaria o secundaria o por las dos a la vez. **Magister** en su significación primera era el que es más que ningún otro, y Maestro, así con mayúscula, llamaban sus discípulos a Jesucristo para dar un valor de preeminencia a su palabra. **Magister dixit**, lo ha dicho el maestro, tuvo en la Edad Media el valor de argumento sin réplica, esto es de valor decisivo en cualquier disputa, porque la palabra del maestro era acatada como si fuese artículo de fe. Pero todo degenera y en el lenguaje ocurre otro tanto. El maestro de antaño se convirtió muy a menudo, en el lenguaje familiar y despreciativo, en **el maestro ciruela, que no sabe leer y pone escuela**, en alusión al atrevido que usurpa, sin título ni conocimientos para ello, la condición de maestro. La sociedad, y el poder con ella, fueron injustos con el ejercicio del magisterio, y yo, en mis años de juventud, aún recuerdo la popularidad de aquella expresión que estaba entonces en boca de todos: **pasas más hambre que un maestro de escuela**.

*Texto de la *lección de vida* dictada por su autor, en los actos de confraternidad que celebraron los alumnos de la promoción 1979-1985 con sus profesores el veinte de octubre de 2001. Esta lección se completó con un recital de poemas, inéditos y no inéditos, del profesor José Antonio Miguez.

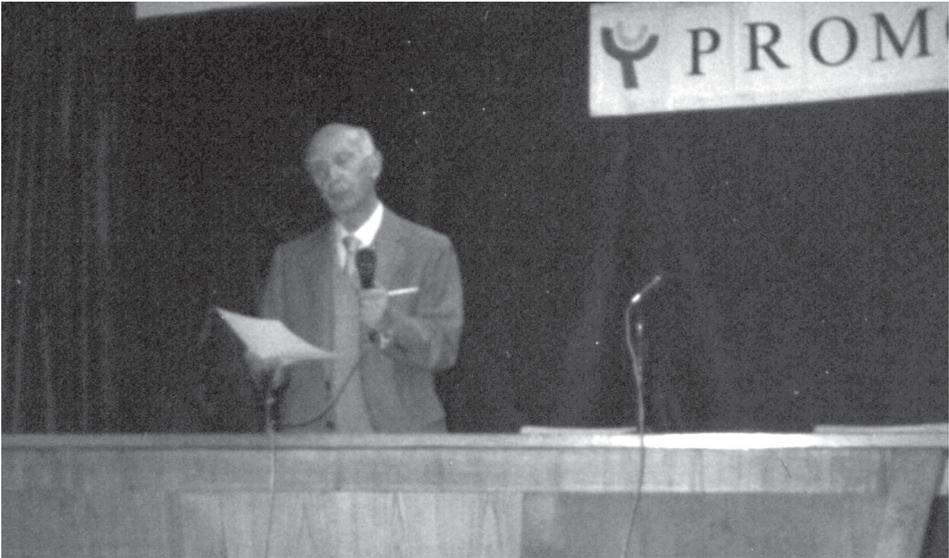
**José Antonio Miguez es Doctor en Filosofía y Letras y fue Catedrático de Lengua y Literatura españolas en el Instituto de Bachillerato «Francisco Aguiar» de Betanzos hasta la fecha de su jubilación académica.

Permitidme, pues, que deseche la expresión lección magistral y que la convierta simplemente en una lección de vida. Porque la vida, sea o no un sueño, como decía Calderón, y ya mucho antes que él, los sabios latinos, **vita somnium breve**, la vida es un breve sueño, es precisamente lo que tenemos por delante, lo que nos urge aprovechar para seguir alimentando nuestra esperanza, sea ésta cual sea, porque sin esperanza y sin ilusión la vida carece de sentido. Horacio en sus **Odas** (1, 4, 15) decía: **Vitae summa brevis spem nos vetat inchoare longam**, esto es, la brevedad de la vida nos impide concebir esperanzas a largo plazo, con lo cual ya podéis comprender que si vosotros, aún relativamente jóvenes, estáis en condiciones de forjar alguna esperanza, ésta a nosotros los viejos ya casi nos está negada y particularmente a mí, en el umbral o dentro ya de la ancianidad. Pero, ¡ay!, los latinos, que eran tan sabios y habían heredado lo mejor de la cultura griega, también acuñaron otra máxima que me trae a mí, y nos trae a todos, un cierto y alentador alivio: **vita, si scias uti, longa est**, la vida, si sabes hacer uso de ella, es larga, es decir que todo radica en emplear bien el tiempo, en obtener de la vida los frutos que la hagan más digna de ser vivida.

No quisiera poner mi vida como ejemplo, pero sí alentaros, queridos ex-alumnos, en un ejercicio de reflexión sobre la significación que debe tener la vida para cada uno de vosotros. Tened en cuenta, en primer lugar, que la vida es un camino sin retorno, al que nadie puede renunciar. La vida de cada uno es única e irreplicable, porque es una vida individualizada, sin clonación posible por muchos intentos de la ciencia en tal sentido. Pero vivimos también para convivir, para relacionarnos con los demás, para compartir objetivos, alegrías y penas con los seres que nos rodean, con los que nos son más próximos y forman con nosotros una familia, que perdurará en el tiempo, más allá incluso de nuestro propio ciclo vital.

La vida tiene fines, tiene valores que hay que conservar y defender. Un valor supremo de la vida es sin duda el de consagrarla a la verdad, **vita impendere vero**, que decía Juvenal (4, 91). Pero hay también otros valores que nadie nos impone y que pueden dar un sentido, enderezar nuestra vida, así, por ejemplo, el amor, la solidaridad, la pureza de intención, que nos gratifican al máximo cuando nuestras acciones no obedecen a un mandao imperativo, sino que son el resultado de un deber incondicionado, de un deber ideal que adoptamos libremente como norma directriz de nuestra vida.

En la moderna Ética de los valores, que en gran parte deriva de la postura crítica de la filosofía de Kant, el deber ideal se funda en la esencia misma del valor y es algo que brota de él sin tener nada que ver con la posibilidad o no de que se realice, ni siquiera de que existan seres capaces de realizarlo. Esto lo tuve yo muy claro a partir de las clases de Ética que recibí durante mis estudios de Bachillerato de un profesor que inculcó a sus alumnos el respeto por todas las ideas y la primacia moral del deber. Porque es cierto que los deberes ideales humanos, al margen de que haya o no gente justa, honrada y leal, existen antes de toda ley y de todo mandamiento. Yo fui, debo declararlo aquí, un muchacho privilegiado en los años de mi Bachillerato cuando en España se vivían los tiempos conflictivos de la segunda República. Y lo fui también porque junto con un gran hombre y un gran médico al que vosotros conocísteis, el doctor José Faariña, que tanto hizo por aliviar el dolor y restablecer la salud de las gentes de esta tierra, disfruté de una de las primeras becas concedidas por don Marcelino Domingo, primer Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes del régimen republicano.



José Antonio Miguez pronunciando su lección magistral el 20 de octubre de 2001.

Han pasado más de sesenta años y aún recuerdo con nostalgia y emoción contenida los días felices de mi Bachillerato en el Instituto Eusebio da Guarda de La Coruña. Llenaban mi espíritu de ilusiones, de ansias incontenibles de saber las clases de Filosofía de don Ramón del Prado, aquel catedrático que en el año 1935 publicó una *Ética General* que fue modelo de puesta al día de todas las corrientes que daban un vuelco histórico a las tradicionales teorías de la moral. Y lo que son las cosas de este mundo: aquel sabio profesor fue destituido y separado de su cátedra sin haber cometido otro delito que el de ser un libre pensador, abierto a todos los campos del pensamiento, pero íntegro y honrado a carta cabal y escrupuloso siempre en el cumplimiento de su deber. Asistí a sus últimos días en Madrid cuando ya había iniciado mis estudios en la Universidad Central, así se llamaba entonces, y pude comprobar su altura moral, la delicadeza de su espíritu que ni en los postreros momentos de su existenciase se sintió vencido por el resentimiento contra aquellos que habían arruinado su vida y su salud. Os pongo este ejemplo, queridos ex-alumnos, porque vosotros, afortunadamente, no habéis conocido las grandes tragedias que originó la guerra civil española y que yo sufrí en parte viendo desaparecer de este mundo a personas muy queridas que fueron víctimas del fanatismo homicida de los primeros momentos de la contienda. Y eran personas que significaban mucho para mí, que soñaba con un futuro más humano y más venturoso.

En esta lección sobre la vida quisiera resaltar una vez más ante vosotros, los que téneis fe y los que no la tenéis, que la vida es un camino sin retorno. Mi buen amigo, el Dr. García-Sabell, que publicó hace varios años un libro titulado *Alrededor de la muerte*, afirma que la muerte es un proceso del que nadie se libra porque uno nace para morir, como acontece con todos los seres vivos. Los modernos existencialistas como Martín Heidegger, resaltaron esa condición inexorable del ser humano, un ser «ser para la muerte», porque la existencia humana no consiste en una totalidad acabada, sino en una totalidad que para

tener todo su sentido necesita finalizar en la muerte. *Nascendo quotidie morimur*, decían los latinos anticipándose en muchos siglos a los análisis de los filósofos existencialistas del siglo XX. El hombre, y sólo el hombre, tiene conciencia de que su fin es la muerte y unas veces acoge con resignación este hecho inevitable, con la ayuda de sus creencias religiosas, y otras veces prefiere desconocerlo, borrarlo de su mente, admitiéndolo como algo natural contra el que nada se puede hacer.

Pero por algo somos hombres, seres con razón y sentimiento, aunque tantas veces la sinrazón, el odio y la pasión arruinen y destrocen nuestras vidas. Somos libres y nos sentimos libres tanto para generar el bien como para producir el mal. Tenemos la facultad de elegir, de la que con harta frecuencia prescindimos. Asumamos que la vida también es un riesgo que debemos afrontar, con todas sus consecuencias. Hacedme caso, mis queridos ex-alumnos, si os digo que hay otro valor que no quisiera omitir en esta lección sobre la vida; se trata del profundo significado que tiene la amistad para las relaciones humanas. Esto ya lo comprobaron los antiguos, y Cicerón entre ellos, pero Ovidio en sus *Tristia* (1, 8, 15) la elevó a nombre sagrado y venerable: *amicitiae sanctum et venerabile nomen*. En el refranero, que recoge llanamente la sabiduría popular, se dice bien claro: *vida sin amigo, muerte sin testigo*, lo cual viene a significar que el verdadero amigo nunca te abandonará.

No tengamos rubor en afirmarlo: la verdadera amistad es un amor serio y consolidado, un amor que suele durar toda la vida, sin altibajos, ni quiebras, ni exigencias imposibles de cumplir. El amigo es aquel que te acoge y te acompaña en las tribulaciones, el que está contigo en los momentos difíciles, precisamente cuando estarlo puede suponer para él sacrificios y hasta desventuras. Decía Publilius Syrus, y con esto ya termino, que un amigo verdadero es la mejor adquisición que puede hacerse: *amico firmo nihil emi melius potest*.

Gracias, muchas gracias a todos por vuestra paciencia al escucharme.

Octubre de 2001.

Doña Emilia Pardo Bazán

JOSÉ ANTONIO MIGUEZ

En la habitual colaboración que mantengo en *La Tribuna*, diario regional de Castilla-La Mancha, me he referido en muchas ocasiones a la obra de creación literaria de las figuras cimeras de la literatura española contemporánea. La intención primordial de mis artículos, además de la propiamente crítica, tenía un carácter divulgativo, acorde con la función que yo otorgo a la prensa, que, a mi juicio, debe servir para ilustrar a los lectores, a ese gran público que en un país como España no puede, o no intenta, hacerse con una buena biblioteca que le ayude a distraer su ocio y a elevar ese nivel de cultura que parece imprescindible en toda persona que se precie de serlo.

Doña Emilia Pardo Bazán y Leopoldo Alas, «Clarín», fueron dos de las figuras de nuestra historia de la literatura contemporánea a las que traté de reivindicar en sendos artículos publicados en *La Tribuna*.

A la primera, porque siento el orgullo de saberla coruñesa, condición que la honra, pero a la vez mujer de mundo y de gran cultura, que no siempre alcanzó, sin embargo, el reconocimiento de sus paisanos, anclados quizá en un mundo y unas ideas que ya habían caducado. Y a este respecto debo decir, lamentablemente, que siendo yo niño era corriente que algún desaprensivo, con mala querencia, destruyese o cortase la mano derecha del hermoso monumento dedicado por A Coruña a la escritora en los cuidados jardines de Méndez Núñez.

Mal que les pese a quienes no quisieran oír hablar de doña Emilia Pardo Bazán, ella fue la adelantada en su tiempo de un movimiento de renovación que sin ser feminista al modo de hoy, pretendía elevar el papel de la mujer y el suyo, por supuesto, al lugar que socialmente le correspondía. Mujeres ilustradas como ella hubo pocas y ninguna la igualó en esa su personal curiosidad por las corrientes innovadoras que se producían en la sociedad europea, tan ligadas, todo hay que decirlo, a las turbulencias derivadas de la revolución industrial.

En el mes de octubre de 2001 unas jornadas de estudio celebradas en A Coruña sobre la Pardo Bazán, actualizaron muchas cuestiones que siempre llamaron la atención de los



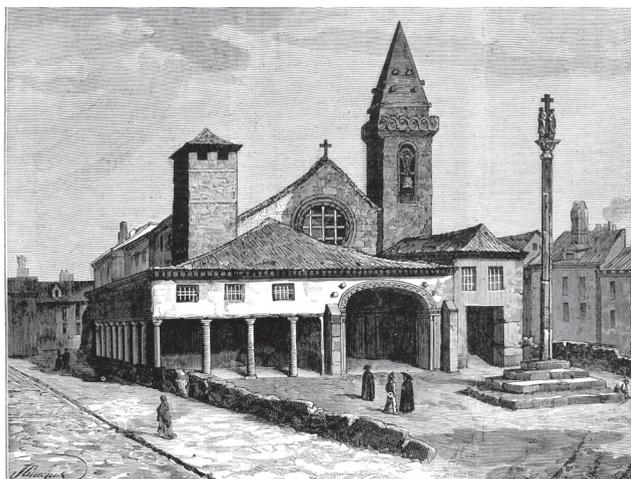
Doña Emilia Pardo Bazán.

estudiosos: la feminidad de doña Emilia, su universalidad, la amplitud de su criterio ¿realista, naturalista?, en torno a la teoría de la novela, el primor de sus cuentos y cuanto tiene que ver con esa permanente curiosidad suya por la realidad literaria, manifestada ampliamente en sus muchos trabajos críticos. No asistí a las jornadas que antes menciono, pero seguí con interés las referencias de la prensa y deduje de ellas que doña Emilia había concitado de nuevo la atención de estudiosos y especialistas interesados por su obra, hoy bastante olvidada y, como en el caso de «Clarín», injusta e inmerecidamente.

Relacionar a doña Emilia con Leopoldo Alas «Clarín» no debe resultar extraño para nadie. Los dos escritores fueron contemporáneos y pocos años los separaron, aunque la Pardo Bazán entró de lleno en el siglo XX. Ambos trajeron nuevos aires a la literatura española del siglo XIX, ya superada la etapa romántica, que suscitó pasiones, no siempre bien encauzadas con sentido de continuidad en el campo de la creación artística. Que «Clarín» apreciaba a doña Emilia lo prueba el hecho de que *La cuestión palpitante*, colección de artículos publicados por la Pardo Bazán en *La Época*, fue prologada por él y ya sabemos la significación que tenían estos artículos, que traían a primer plano las tendencias innovadoras que ya dominaban en Francia, donde triunfaba y se extendía la fama de Zola y sus análisis de una realidad social, tan crudamente expuesta en sus novelas.

Yo quise exponer en el artículo de *La Tribuna* manchega, que ahora ofrezco a los lectores del *Anuario Brigantino*, el particular enfoque de doña Emilia con respecto al naturalismo de Zola y de esas corrientes innovadoras que ella tan bien conoció y desarrolló, pero con una atractiva visión personal. El naturalismo de doña Emilia no llegó nunca a la crudeza que manifiesta Zola en sus novelas porque hay un hilo de espiritualidad en la escritora coruñesa que sirve de enlace entre el cuerpo y el alma, entre lo que es natural y lo que en el ser humano tiene un sentido más trascendente. En ese artículo de *La Tribuna* confirmaba yo el sano eclecticismo de la Pardo Bazán, que ella misma justifica, porque quiere huir, a pesar de todo, de los radicalismos excesivos y de un naturalismo que sólo refleja la cruda realidad sin un atisbo de regeneración y recuperación moral, que doña Emilia no rechaza, sino que, al contrario, considera del todo posible.

Con mucho gusto y para una mejor comprensión de la obra de doña Emilia, a continuación se reproduce aquí el artículo publicado en *La Tribuna* el 28 de agosto de 2001.



Colegiata de Santa María del Campo (A Coruña). Grabado publicado en 1879 en La Ilustración Gallega y Asturiana

FIRMA INVITADA JOSE ANTONIO MIGUEZ

La Tribuna 28/08/2001

La Pardo Bazán

Aunque parezca un poco despectivo con ese artículo por delante, así se conoce en el mundo literario a la escritora doña Emilia Pardo Bazán, nacida en La Coruña en el seno de una familia aristocrática el dieciséis de septiembre de 1851. Quiero traerla aquí, a estas páginas que me brinda La Tribuna de Talavera, porque este mismo título del periódico fue el que ella dio a una de las novelas, de contenido social, publicada en 1883, después de la aparición, unos años antes, de las novelas "Pascual López" y "Un viaje de novios".

Doña Emilia Pardo Bazán, condesa de Pardo Bazán como heredera de este título nobiliario a partir de 1890, es, si puede hablarse así, la quintaesencia de la feminidad que hoy podrían tomar como ejemplo todos esos movimientos que defienden a ultranza los derechos de la mujer sin cortapisas de ningún género. Lectora y viajera impenitente, la condesa de Pardo Bazán obtuvo buenos frutos de esa curiosidad innata en ella para procurarse una información de primera mano sobre las corrientes literarias y las convulsiones políticas de su tiempo. Quizá pocos como ella reunieron tanto material informativo para esos estudios que adoctrinaban a los españoles, reacios a traspasar las fronteras del país, acerca de los movimientos innovadores que se producían en Europa. Su obra crítica y la variedad de sus trabajos asombran un tanto al lector porque dan la impresión de que esta mujer quería enjuiciarlo todo, observarlo por sí misma para ofrecerlo luego a los demás, después de pasar por el tamiz de su interpretación personal. Doña Emilia Pardo Bazán fue inquieta erudita, y no digamos, por lo demás, una gran innovadora, que esto nunca se le reconoció, pero sí una mujer desbordada de interés por lo próximo y lo remoto, por las innovaciones que se producían en Francia o en Rusia y, en general, en el mundo europeo de su época, convulsionada por los movimientos sociales que traía aparejada la revolución industrial.

"La cuestión palpitante", que la Pardo Bazán publicó en 1883 con un prólogo de Clarín, recopilando artículos suyos publicados anterior-

mente en la revista La Epoca, es una muestra clara de intención informativa, de ese abrir puertas a las corrientes literarias que ya dominaban en Francia, como el naturalismo de Emilio Zola, y que le servirían a ella de trampolín para iniciar un giro de ochenta grados en la concepción y el desarrollo de la novela. Pero este giro tampoco fue tan revolucionario como se cree, porque si el naturalismo de Zola era una protesta contra las reglas clásicas que ocultaban una realidad mucho más cruda que saltaba a la vista de todos, la fórmula y la visión que trasladaba a los lectores la Pardo Bazán es la de un realismo teñido de una cierta espiritualidad y alejado de radicales exclusivismos. Ella misma lo explica con formulaciones muy claras y convincentes: "Si es real cuanto tiene existencia verdadera y efectiva, el realismo en el arte nos ofrece una teoría más ancha, completa y perfecta que el naturalismo. Comprende y abarca lo natural y lo espiritual, el cuerpo y el alma y concita y reduce a unidad la oposición del naturalismo y del idealismo racional. En el realismo cabe todo, menos las exageraciones y desvaríos de dos escuelas extremas y, por precisa consecuencia, exclusivistas." Prueba evidente, como se ve, de que la Pardo Bazán, a la que se consideró como la introductora de Zola en España, adoptaba un sano eclecticismo con el que procuraba huir de esos puntillosos análisis de Zola que concordaban más bien con los métodos experimentales que la medicina había puesto de moda. Pero el médico tenía recursos y planteaba soluciones, mientras que lo que hacía Zola era sólo poner al descubierto las lacras sociales, a su parecer inevitables y sin solución posible. Así, pues, conviene diferenciar un naturalismo de otro, el de Zola del que la Pardo Bazán aceptaba y hacía suyo. En "Los pazos de Ulloa" y "La madre Naturaleza" hallan su máxima expresión novelística las nuevas tendencias que defendía en España la Pardo Bazán. En una de estas novelas, "Los pazos Ulloa", quizá la más cruda de entre las escritas por la Pardo Bazán, hay acción y estudio psicológico de caracteres, con tipos como el marqués de Ulloa, plenamente

te logrado, aunque represente la decadencia del noble que se precipita en el descrédito moral al amancebarse con su criada Sabel. Este tipo existió sin duda, incluso en los tiempos feudales y no era una degradación de las costumbres agravada por el ocio y la vida muelle de los tiempos de paz. El orgullo le dominaba y le consumía, señor de bienes y de personas, que se derrumbará más tarde y se convertirá en una sombra de sí mismo en "la madre Naturaleza", continuación de "Los pazos de Ulloa". La descripción tan viva, tan psicológica y tan fuertemente emotiva, lleva a su culminación el pretendido naturalismo de la Pardo Bazán, que ya en sus obras posteriores carecerá del primitivismo y de esos caracteres de una pieza, el Marqués, Sabel y hasta el mayordomo, que va dibujando su perversa estrategia a medida que avanza la novela. No vamos a entrar ahora en otras consideraciones, que aquí no tendrían cabida, acerca de la copiosa producción literaria de la condesa de Pardo Bazán. Sus numerosos estudios críticos, para los que no le restaron tiempo los continuos viajes, sus novelas, más o menos espiritualistas y, sobre todo, sus cuentos, que revelaron una escritora dueña de todos los recursos estilísticos para la narración breve, quizá como no lo logró ninguno de sus contemporáneos, dan la medida de lo que fue capaz de hacer la verdadera y legítima señora de las Torres de Meirás, un pazo que luego se desmoronaría en manos de quienes no supieron conservarlo.

Dije aquí al principio de este artículo que rememoraría a la Pardo Bazán por la incitación que me producían los dos títulos, el de este periódico y el de la novela que refleja las primeras manifestaciones de la lucha social obrera femenina en España, concretamente en La Coruña. Déjeme el lector que le añada alguna cosa más: la Pardo Bazán es a mi juicio el ejemplo de una mujer que se hizo a sí misma, con una voluntad, una curiosidad y un coraje extraordinarios. Como ella, sin embargo, hubo otras muchas mujeres, orgullo de esta tierra, que honran hoy con sus nombres el callejero de la ilustrada ciudad de La Coruña.

Poemas de la vejez*

JOSÉ ANTONIO MIGUEZ

Nunca la fama es buena consejera

Nunca la fama es buena consejera
si la soberbia impone condiciones;
tras la fama se ocultan sinrazones
que nacen del despecho y la ceguera.

Conserva siempre tu ilusión primera,
que es alivio de nobles corazones,
ilusión liberada de tensiones,
fiel a sí misma en clave mensajera.

Es más alta la estima que mereces
cuando olvidas el brillo de la fama,
los fastos que el orgullo no invalida;

pues orgullo y soberbia son con creces
enemigos del hombre que proclama
el decoro y recato de su vida.

(Enero de 2001)

*Continuamos en este *Anuario* la publicación de los poemas inéditos agrupados por su autor bajo el título *Poemas de la vejez*. Se indica al pie de cada poema la fecha de su composición.

La eternidad es un instante

La eternidad es un instante,
el puro instante
que se agota en sí mismo,
ajeno por completo
al milagro de la vida,
a la duración
que la ilusiona y la renueva
con el requiebro milagroso
del tiempo.

La eternidad es la negación
de la palabra,
de la flor que nace
y del niño
que vive sin saberlo,
carente aún de la memoria de las cosas,
con su sola presencia
y haciéndose su propio yo,
casi incipiente,
con el resplandor del alba
que le anuncia su destino irrenunciable,
durar, durar ...,
y sentir la duración
como un proceso de la historia humana,
como una ilusión,
voluble y tornadiza,
que al final nunca se cumple.
La eternidad es el silencio
de ese instante,
que no tiene color,

ni cadencia,
ni ritmo que le acompase y le defina.
La eternidad es el holocausto
del ser,
del palpito inconfundible
de la vida,
sombra sin límites
de la nada y del olvido
en el reino absoluto del silencio,
allí donde la palabra
ni se dice
ni se escucha,
porque ya todo ha muerto,
irremediablemente.
La eternidad ni siquiera
es un sueño,
un largo y silencioso sueño
en el que habiten
de algún modo
la esperanza, el amor y el misterio.

(Enero de 2001)

La palabra está herida

La palabra está herida
sin remedio posible;
ya perdió su prestancia,
su virtud más amable:
el poder creativo
que adivina el clavel y la rosa.
La palabra está herida
por puñales hostiles,
por la voz insegura
del que plagia y consiente,
por la tosquedad del habla
sin el contrapunto del descanso y el silencio.
Dejen todos de hablar
-de hablar por hablar-,
de malgastar palabras
que nada dicen,
palabras sin sentido
que son sólo fantasías
de la noche,
turbulencias del aire
que nos contamina,
caóticas expresiones moribundas
dilapidando sueños.
Hermanos, es la hora
del tránsito al sosiego,
de recuperar la palabra creadora,
del alto vuelo
de los significados
que dan vida real al Universo.

Las cosas son como son
-redondas, cuadradas, alargadas,
grandes o pequeñas-
porque así lo hemos querido
dictando y aceptando
la sonoridad de su nombre
con la sinfonía que debe acompañarlas
y vestir las de sí mismas,
porque sin la palabra
las cosas están solas
y ya no son distintas
o singulares,
retrato exacto y permanente
de lo que perdura
a lo largo del tiempo.
La palabra está herida
y con ella las cosas se desangran.
y nuestro mundo
no es el mundo verdadero,
enfermo como nosotros
de una extraña melancolía,
de ese morbo incurable
que nos adormece,
que desprecia lo que existe
y olvida incluso el nombre de las cosas,
ese nombre que un buen día,
un hermoso y lejano día
nosotros inventamos.

(Mayo de 2001)